

DISCURSO ante la JUNTA DE GOBERNADORES

de

PRESIDENTE DEL GRUPO DEL BANCO MUNDIAL

Washington, D.C.
30 de septiembre de 1968

Este es el primer discurso público que pronuncio en mi calidad de Presidente del Banco Mundial, y me dirijo a ustedes con cierta vacilación, propia de un recién llegado, que sólo tiene seis meses de experiencia en este cargo; pero han sido tal vez los meses de toda mi vida en que me he sentido más estimulado ante las perspectivas que se me presentaban.

Siempre he considerado al Banco Mundial como algo más que una institución bancaria; lo he conceptualizado como un organismo consagrado a la obra del desarrollo, y cuando llegué a él hace seis meses no me eran totalmente desconocidos los problemas que afronta el mundo en ese aspecto. Como Secretario de Defensa de los Estados Unidos había podido observar—y hablado en público sobre el tema—la relación existente entre la pobreza que hay en la tierra y la inestabilidad de las relaciones entre los países; y como ciudadano del mundo había comenzado a apreciar la verdad que encierra el aforismo del Papa Pablo VI cuando dijo que “el nombre de la paz es desarrollo.” Sin embargo, me inquietaba el hecho de que los pueblos del mundo, al ver transcurrir la década de 1960—el Decenio de las Naciones Unidas para el Desarrollo—sintieran una profunda sensación de frustración y de fracaso. Los países prósperos estimaban que habían aportado miles de millones de dólares sin lograr resultados

verdaderamente positivos en materia de desarrollo; los países pobres, a su vez, consideraban que sólo una proporción mínima del enorme incremento de la riqueza del mundo desarrollado se había destinado a ayudarlos a salir del abismo de miseria en que han estado sumidos por espacio de siglos.

¿Hasta qué punto esta sensación de frustración y fracaso está justificada por los hechos registrados durante la pasada década? He tratado de averiguar la verdad a este respecto, pero si bien ha habido muchos que estaban muy deseosos de responder a mi planteamiento, cada uno provisto de abundantes estadísticas para apoyar su aserción, no existe un consenso sobre la verdadera situación, ni tampoco una estrategia conjunta claramente delineada para el futuro.

Es indudable que ha habido realizaciones concretas: muchos miles de millones de dólares con fines de ayuda han afluído del mundo desarrollado, y como resultado de esa asistencia y de la mayor capacidad para dirigir sus propios asuntos, se ha estimulado el crecimiento económico de los países más pobres.

No nos equivoquemos; la ayuda rinde resultados positivos, no es dinero desperdiciado, constituye una buena inversión. Incluso es probable que se alcance la meta del Decenio para el Desarrollo, en el sentido de lograr un incremento anual del 5 por ciento en el ingreso nacional de los países pobres para 1970, ya que el promedio de aumento anual ha sido hasta ahora del 4,8 por ciento.

Y sin embargo . . . ustedes saben, al igual que yo, que estas estadísticas optimistas son capas superficiales que ocultan un panorama más deprimente en muchas naciones. Los países ricos en petróleo del Oriente Medio han prosperado económicamente, y el mismo progreso se ha registrado en algunas naciones pequeñas de Asia Oriental. Pero en los países de Africa y de Asia Meridional—que representan en conjunto una población de más de 1.000 millones de habitantes—el aumento promedio del ingreso nacional es, en el mejor de los casos, del 3½ por ciento, y la mayor proporción de ese incremento está concentrada en el sector industrial, en tanto que los

campesinos siguen sumidos en su miseria milenaria, cubriendo a duras penas sus necesidades más elementales de subsistencia.

Este panorama se ve ensombrecido por el problema, cada vez más agudo, que plantea la explosión demográfica. Si tomamos en consideración este hecho y analizamos el progreso alcanzado en cuanto afecta a los seres humanos más bien que a las naciones, las cifras de crecimiento parecen menos satisfactorias.

El aumento anual del ingreso *per capita* en la América Latina es inferior al dos por ciento, en Asia Oriental solamente asciende a un dos por ciento, en Africa al uno por ciento y en Asia Meridional apenas llega a un medio por ciento. A ese ritmo, para duplicar el ingreso *per capita* en Asia Oriental habrían de transcurrir unos 35 años, en América Latina más de 40 años, en Africa casi 70 años y en Asia Meridional alrededor de siglo y medio. Incluso en las zonas más progresivas de esas regiones, la mejora resultaría imperceptible, de año en año, para el hombre de la calle.

Esta situación exige que se intensifiquen urgentemente los esfuerzos por parte de los países prósperos para ayudar al crecimiento económico de esas naciones más pobres. Es evidente que están en condiciones financieras de poder hacerlo. Hasta ahora, durante el Decenio para el Desarrollo, han *umentado* sus ingresos *anuales* reales en unos 400.000 millones de dólares, aumento que en sí mismo es mucho mayor que el *total* de los ingresos anuales de los países subdesarrollados de Asia, Africa y América Latina.

Pero he observado—y creo que no es preciso insistir sobre ello ante ustedes—que, mientras las necesidades en materia de asistencia para el desarrollo nunca fueron mayores, la inclinación para aportarla nunca fue menor en muchos, aunque no en todos, de los países que proporcionan la mayor parte de la ayuda económica.

Y la desilusión de los países prósperos ante el futuro en ese aspecto fue acrecentada por las deficiencias en la actuación económica de muchas de las naciones más pobres. La

pésima administración de la economía, la desviación de los escasos recursos para hacer frente a guerras provocadas por afanes nacionalistas, la perpetuación de los sistemas discriminatorios en la estructura de la sociedad y en la distribución de los ingresos han sido muy frecuentes en esos países.

Este fue, pues, el panorama del mundo en desarrollo que encontré en las primeras semanas de mi incorporación al Banco Mundial. Un cuadro preñado de confusiones pero muy decepcionante, en el que resultaba difícil discernir qué errores se habían cometido en el pasado (aunque evidentemente algunos se habían cometido) o cuál era la senda que debíamos seguir en el futuro.

En esas circunstancias, puse en práctica una sugerencia que formuló mi predecesor, el señor George Woods—uno de sus muchos consejos prudentes de los que todos nosotros, y especialmente yo, tanto nos hemos beneficiado—en el sentido de que estableciéramos una comisión de personas muy competentes sobre asuntos internacionales y habituadas a influir en ellos, con el fin de que estudiaran las actividades llevadas a cabo anteriormente en materia de ayuda, determinaran las enseñanzas que pudieran deducirse de ellas para el futuro, y que después analizaran ese porvenir con el objeto de evaluar lo que deben hacer tanto los países ricos como los pobres, los avanzados como los no desarrollados, para lograr un mayor bienestar económico de la inmensa mayoría de la humanidad. Como ustedes saben, el señor Lester Pearson, ex Primer Ministro del Canadá, ha aceptado asumir la dirección de ese estudio que ahora se habrá de ejecutar independientemente del Banco.

La Comisión Pearson concentrará nuestra atención en un futuro a largo plazo, estableciendo normas en materia de desarrollo no sólo para un decenio sino para toda una generación, que nos llevará al final del siglo en curso. Pero nos encontramos hoy, en 1968, ante una gran labor que podemos y debemos realizar en un plazo inmediato. Es ya evidente, sin lugar a duda alguna, que durante las cuatro quintas partes del Decenio para el Desarrollo, la distancia entre los ingresos

de los países avanzados y los que se encuentran en desarrollo ha aumentado, y sigue aumentando, cuando en realidad debería acortarse. Pero es también evidente que se ha debilitado la predisposición política a fomentar el desarrollo, que está amenguándose cada día más y que es indispensable que se fortalezca.

¿Qué puede hacer el Banco ante esta situación? Abrigo la convicción de que el Banco puede y debe actuar con decisión, que no debe sumarse al estancamiento general que acusan las actividades de ayuda para el desarrollo en tantas partes del mundo. No creo que el Banco pueda cumplir sin ayuda ajena las actividades que, en esa esfera, es preciso desplegar en todo el mundo. Pero estoy convencido de que puede asumir una posición de vanguardia en esos esfuerzos y demostrar que no son precisamente los recursos los que escasean—ya que los países más ricos cuentan con abundantes recursos—sino lo que falta es el tesón para dedicarlos al desarrollo de las naciones más pobres.

Por consiguiente, nosotros, en el Banco emprendimos un estudio que abarca los próximos cinco años, con el objeto de formular un “plan de desarrollo” para cada país que se encuentra en ese proceso, y determinar cuánto podría invertir el Grupo del Banco si no hubiera restricciones de fondos y la única limitación a las actividades fuera la capacidad de los propios países miembros para utilizar nuestra asistencia de modo efectivo y reembolsar nuestros préstamos en los plazos y condiciones que les fijamos.

Como resultado de este estudio, hemos llegado a la conclusión de que es conveniente y posible incrementar en grado muy sustancial las actividades del Grupo del Banco.

Procuraré que las operaciones del Banco en el próximo quinquenio tengan como meta ese objetivo. En este empeño precisaré el asesoramiento y el apoyo de ustedes, señores Gobernadores, expresado a través de la Junta de Directores Ejecutivos. Por ello, me parece prudente y oportuno que exponga ahora a ustedes, en líneas generales, cuáles son mis ideas.

Comenzaré citando algunos datos respecto al orden de magnitud de lo que nos proponemos hacer: creo que, en conjunto, el Grupo del Banco debería aportar fondos, en los próximos cinco años, por una suma equivalente al doble de lo que prestó durante el pasado quinquenio. Esto supone que entre el año en curso y 1973, el Grupo del Banco habría de facilitar casi el mismo monto de los préstamos que ha otorgado desde que inició sus operaciones hace 22 años.

Este es un cambio de tal dimensión que considero necesario hacer hincapié en que no afectará a nuestras normas. Creemos que podemos llevar a cabo esas operaciones ateniéndonos a las pautas estrictas de minuciosa evaluación y sano financiamiento que mis predecesores han hecho que sea la característica que distingue al Banco Mundial.

Nuestros préstamos se destinarán a proyectos que estén tan perfectamente concebidos y evaluados como siempre lo fueron en la historia del Banco. Ahora bien, cada vez en mayor grado, al analizar proyectos susceptibles de recibir nuestra ayuda financiera trataremos de elegir aquellos que contribuyan de un modo más fundamental a la expansión de la economía nacional en su conjunto y tiendan a superar los problemas que obstaculicen el proceso de desarrollo; es decir, determinar las oportunidades de crecimiento que estimulen a su vez una mayor expansión. Y nuestra ayuda estará encaminada a aquellos países pobres que más la necesiten.

Este es, a mi juicio, un financiamiento del desarrollo cimentado sobre bases sólidas pero no exento de riesgos; tampoco creo que el tratar de eludir los riesgos sea la senda que aconsejan la prudencia o el buen juicio. Por ejemplo, recientemente visité Indonesia, país al que, por razones válidas, el Banco nunca concedió préstamo alguno en el pasado. Y vi allí al sexto país más grande del mundo, rico en recursos naturales, esforzándose, tras los desastres más terribles, tanto en el orden económico como político, por encauzar sus energías hacia el proceso de desarrollo. Indonesia, sin ayuda exterior, está irremisiblemente condenada a la ruina; al concederle ayuda (como hemos comenzado a hacerlo a través

de la Asociación Internacional de Fomento y el establecimiento de un grupo de personal permanente) corremos ciertos riesgos. Pero no creo que ustedes desearían que obrásemos de otro modo.

La parábola de los talentos es una parábola acerca del poder—del poder financiero—y reafirma el principio de que todo el poder se nos da para utilizarlo, pero en modo alguno para no arriesgarlo.

Si hemos de duplicar el volumen de nuestras operaciones crediticias del pasado, ¿podremos conseguir los recursos necesarios? No me refiero a los fondos para conceder préstamos concesionarios que proceden de aportaciones de los gobiernos—ustedes saben muy bien cuán indispensables son esos fondos—sino a los que obtenemos mediante emisiones de bonos en los mercados de capital del mundo. Estoy convencido de que en ellos existen esos recursos financieros, porque tengo confianza absoluta en la inmensa capacidad de las economías del mundo desarrollado; ningún país debe temer a la bancarrota porque cumpla plenamente la función que le corresponde desempeñar en pro del desarrollo.

Hay, por supuesto, ciertas limitaciones derivadas de las dificultades de balanza de pagos, pero tengo la certeza de que esas dificultades constituyen un problema entre las economías prósperas y no entre éstas y el resto del mundo: es escasa la proporción de los fondos aportados para fines de la ayuda que queda en los países en desarrollo; prácticamente todos se reintegran rápidamente a los países ricos en pago de bienes adquiridos en ellos. Es misión del Banco Mundial estudiar los mercados de capital del mundo en su conjunto, y ver dónde existen excedentes y en cuáles de ellos hay reservas que puedan aprovecharse. Siguiendo esta orientación hemos acudido al Oriente Medio y hemos logrado fondos, al igual que en los mercados más convencionales del mundo, principalmente en Alemania y Estados Unidos.

Como consecuencia de todo ello, en los últimos 90 días el Banco Mundial ha obtenido más fondos en préstamo que en cualquier otro año civil en el curso de su historia.

He acentuado el hecho de que al duplicar el volumen de las operaciones crediticias del Grupo del Banco, no nos desviaremos de las rigurosas normas que informan nuestra política en materia de inversiones. Pero no quiero que tengan ustedes la impresión de que nuestra política consiste sencillamente en seguir las pautas del pasado.

Nuestros planes para el próximo quinquenio comprenden importantes cambios en la asignación de nuestros recursos, tanto en lo que respecta a las regiones geográficas como a los sectores económicos, a fin de adaptarnos a las circunstancias en constante evolución del futuro inmediato y mediano.

Examinemos en primer lugar el aspecto de las regiones: en el pasado, el Grupo del Banco Mundial ha tendido a concentrar sus esfuerzos en el subcontinente de Asia Meridional. Se ha realizado una gran labor—cabe citar, por ejemplo, el aprovechamiento de los recursos hidráulicos de la cuenca del río Indo para establecer sistemas de energía eléctrica y de riego—pero queda todavía mucho por hacer. Creo que, durante los próximos cinco años, habrá que incrementar considerablemente los préstamos del Banco Mundial destinados a Asia. Pero nuestros esfuerzos no deberán encaminarse sólo a esa región, sino también a América Latina y África, donde en el pasado nuestras actividades han sido más limitadas, y a algunos países que tienen necesidad apremiante de recibir nuestra ayuda, tales como Indonesia y la República Árabe Unida, en los que nuestra labor anterior ha sido insignificante.

Por lo que se refiere a América Latina, preveo que nuestras inversiones ascenderán a más del doble en los próximos cinco años. Pero es en África, que está llegando al umbral de las grandes inversiones para el desarrollo, en donde deberán intensificarse en mayor grado nuestras actividades. En esa región, con la colaboración eficaz de los propios países africanos, deberíamos triplicar en el próximo quinquenio el volumen de nuestras inversiones.

Se producirán otros cambios como consecuencia de esta mayor atención que nos proponemos prestar a África y América Latina. Los países de esos dos continentes son

mencres que los territorialmente gigantescos de Asia. Habrá muchos más proyectos, pero de menor envergadura, que exigirán del personal un trabajo más intensivo que en el pasado.

Se incrementará asimismo la labor del Banco debido a que en muchos de los países en los que vamos a efectuar inversiones no hay un plan de desarrollo o un organismo de planificación debidamente establecido. Trataremos, juntamente con otras fuentes de financiamiento, de ayudar a esos países a elaborar planes y a adoptar políticas de desarrollo prudentes y adecuadas—estableciendo en algunos casos misiones residentes como hemos hecho en Indonesia—pero teniendo siempre en cuenta que tratamos de ayudar al país, a su economía, a su cultura, y a la consecución de las aspiraciones de su pueblo.

Procuraremos especialmente enderezar un aspecto mal enfocado de las operaciones del Grupo del Banco: el hecho de que muchos de nuestros países miembros más pobres, a pesar de sus grandes necesidades, hayan recibido la menor asistencia técnica y financiera del Grupo del Banco. Unos 10 de esos países no han recibido préstamo o crédito alguno. Esto se debe en gran parte a que no están en condiciones de preparar proyectos a fin de que puedan ser objeto de consideración. En esos casos proporcionaremos asistencia especial para mejorar su actuación económica y para determinar y preparar proyectos que reúnan los requisitos para su financiamiento por el Grupo del Banco.

Al duplicar el volumen de las operaciones crediticias del Grupo y al crecer la complejidad de nuestras actividades, es evidente que habrá que aumentar también el personal profesional del Banco, así como simplificar en cierta medida nuestros procedimientos. Estamos empeñados ahora en una campaña para contratar, en todo el mundo, personal altamente calificado y de gran dedicación, que han sido siempre los atributos principales de los funcionarios de esta institución. Tengo sumo interés en que éste sea un verdadero banco internacional, tanto en la realidad como en su título, y voy a procurar que paulatinamente vayamos alcanzando la máxima

distribución posible en cuanto a la nacionalidad de los miembros de nuestro personal.

No sólo hemos de elevar al doble el volumen de nuestra ayuda y modificar su distribución geográfica, sino que además podemos anticipar cambios radicales entre los campos de nuestras inversiones. Se incrementarán en gran medida las destinadas a los sectores de la educación y la agricultura.

La educación es un campo relativamente nuevo para el Banco y al que mi predecesor, el señor George Woods, con su acertado criterio en cuanto al orden de prioridades, comenzó a dedicar especial atención. En los últimos años el Banco ha procurado, con cierta vacilación pero con un gran sentido de urgencia, desempeñar un papel importante en esa esfera.

Tenemos conciencia del inmenso número de analfabetos que existe en el mundo en desarrollo: alrededor de un 30 por ciento de la población de América Latina, el 60 por ciento de Asia y el 80 por ciento de las regiones tropicales de África. Estamos igualmente percatados de que la educación afecta a todas las facetas del desarrollo: permite formar trabajadores más eficaces, empresarios con un mayor espíritu de iniciativa, mejores agricultores, administradores más eficientes, todo lo cual contribuye a que los seres humanos se acerquen a la satisfacción de sus aspiraciones.

No cabe duda alguna de que la necesidad es apremiante, pero no hay posibilidad de determinar con tanta precisión en qué forma los recursos del Banco pueden contribuir a resolver este complejo problema. Ahora, al cabo de varios años de colaboración con la Unesco, creemos haber encontrado la forma para aumentar, en un sentido positivo, las inversiones del Banco en el campo de la educación, inversiones que confiamos habrán de contribuir, a su vez, a incrementar los fondos que destinen los gobiernos de los propios países en desarrollo para esa finalidad.

Nuestros objetivos en dicho campo tenderán a prestar asistencia en aquellos aspectos que contribuyan en mayor grado a impulsar el desarrollo económico. Esto supondrá conceder más atención al planeamiento de la educación, punto de par-

tida de todo el proceso de su perfeccionamiento. Supondrá también prestar asistencia, especialmente para la formación de personal docente, en *todos* los niveles, desde la enseñanza primaria hasta la universitaria. Exigirá asimismo incrementar nuestro apoyo a una serie de otras actividades educativas, incluso la preparación de personal directivo, empresarios y, desde luego, agrónomos.

Hay que subrayar que el campo de la educación, que normalmente es uno de los que más personal emplea en cualquier país, constituye una de las pocas esferas de actividad que no ha experimentado una revolución tecnológica. Hemos de esforzarnos para que evolucione y salga de la fase de la artesanía. Ante la inmensa y creciente escasez de personal docente calificado en todo el mundo en desarrollo, debemos procurar que los buenos maestros den mayor rendimiento. Esto reclamará inversiones en libros de texto, en materiales audiovisuales y, sobre todo, la utilización de las técnicas modernas de divulgación (la radio, el cine y la televisión) con fines docentes.

Para poder llevar adelante este programa, esperamos cuando menos triplicar durante los próximos cinco años el volumen de nuestros préstamos para el desarrollo de la educación.

Pero el sector de mayor expansión en nuestro programa quinquenal es el de la agricultura, que durante tanto tiempo ha estado a la zaga del proceso de desarrollo. También en este caso nunca ha habido duda alguna acerca de su importancia. Aproximadamente los dos tercios de los habitantes del mundo en desarrollo viven del producto de la tierra, pero esos países tienen que importar anualmente alimentos de los países industrializados por valor de 4.000 millones de dólares. Aun así, su dieta es tan insuficiente que en muchos casos sus habitantes no pueden rendir una labor efectiva y, lo que es todavía más deprimente, hay crecientes pruebas científicas de que las deficiencias dietéticas de los padres se transmiten a los niños en forma de deficiencias mentales.

Este problema ha existido desde hace muchas décadas, pero ¿cómo podemos contribuir a resolverlo?

En el pasado, las inversiones para mejorar la agricultura produjeron resultados muy limitados; las semillas y plantas tradicionales dieron mayor rendimiento con el riego y la utilización de fertilizantes, pero ese aumento no fue considerable. Ahora, como ustedes saben, gracias a las investigaciones realizadas en los últimos 20 años, se han hecho trascendentales progresos en la producción de nuevas variedades de trigo, arroz y otras plantas, que pueden llegar a hasta quintuplicar el rendimiento de las cosechas y, además, esas nuevas variedades son particularmente sensibles a la aplicación del agua y de los abonos químicos; mal cultivadas, apenas producirán más que las plantas tradicionales, pero con una buena explotación proporcionarán a los campesinos cosechas de una abundancia sin precedentes.

Todo esto ofrece la posibilidad de que, con buen riego, empleo de fertilizantes y capacitación de los campesinos, puedan producirse verdaderos milagros. El propio agricultor puede apreciar pronto los resultados fructíferos de esa agricultura basada en principios científicos, que con tanta frecuencia le pareció en el pasado un señuelo que le tentaba a introducir innovaciones sin beneficios tangibles.

Ahora nuestra tarea consiste en lograr que el campesino aproveche al máximo estas oportunidades y, con la asistencia continua de la FAO, procuraremos lograrlo inmediatamente y en forma visible. Nos proponemos estimular en el futuro la ejecución de obras de riego y de fábricas de fertilizantes, el establecimiento de servicios de investigación y extensión agrícola, la producción de plaguicidas y de equipo agrícola, así como la construcción de instalaciones de almacenamiento. Es más, en el curso del próximo año planeamos tramitar préstamos por un total equivalente a más del doble de los concedidos en el año pasado y esperamos cuadruplicar en los próximos cinco años el volumen de los destinados a ese objeto.

Desde luego, en todo ello hay ciertos riesgos. Muy bien puede ocurrir que las semillas se distribuyan antes de que se completen los ensayos de ellas o que no se pueda garantizar la resistencia de las siembras a las enfermedades o plagas locales, del mismo modo que las espléndidas cosechas obtenidas en la India y el Paquistán este año no pueden atribuirse únicamente a las nuevas semillas. Pero no tengo duda alguna de que, aunque experimentemos reveses en el futuro, estamos al borde de una revolución agrícola tan significativa como cualquier acontecimiento acaecido desde la revolución industrial. Y todo ello nos da cierto margen favorable en la contienda entre el hombre y los recursos a su disposición.

Esto me lleva a examinar otro aspecto en el que el Banco debe adoptar nuevas iniciativas: el control del crecimiento demográfico. Este es un asunto muy difícil y complejo que sería mejor no abordar. Pero yo no puedo inhibirme, ya que el Banco Mundial está interesado sobre todo en el desarrollo económico, y el rápido crecimiento de la población es uno de los mayores obstáculos para la expansión económica y el bienestar social de nuestros países miembros.

Este es el aspecto del problema de la población al que voy a referirme porque es precisamente el que más preocupa al Banco Mundial y sus miembros. Es imposible que lo soslayemos, por muy grande que sea nuestra inclinación a hacerlo.

No necesito analizar ante ustedes las aterradoras estadísticas del crecimiento demográfico en su conjunto, que revelan que si bien el total de la población mundial ascendía solamente a 250 millones de habitantes en el primer siglo de nuestra Era, y tuvieron que transcurrir 1650 años para que aumentara en otros 250 millones, se incrementó en 1.000 millones en los 200 años siguientes, en otros 1.000 millones en el siglo subsiguiente y en cantidad igual en los 30 años posteriores. Se prevé ahora que aumentará en otros 3.000 millones al terminar el siglo en curso y que entonces, al ritmo actual, irá incrementándose en 1.000 millones cada ocho años. Tampoco necesito referir a ustedes las tragedias personales y los peligros que entrañan para la salud los hijos no

deseados, aunque quedaron reflejados claramente para mí en una información que publicó el mes pasado un periódico, en la que se señalaba que en las dos ciudades más importantes de un país europeo, el número de nacimientos vivos era inferior al de abortos ilegales, que pusieron en peligro las vidas de esas desgraciadas madres.

Como planificador del desarrollo deseo ocuparme únicamente de las repercusiones reales del aumento de la población en el crecimiento económico. Estudios realizados recientemente revelan el efecto perjudicial que tiene un índice elevado de aumento de la población sobre el crecimiento económico de cualquier país en desarrollo. Tomemos como ejemplo dos de esos países con nivel de vida similar, cada uno de ellos con una tasa de natalidad de 40 por cada 1.000 habitantes (este es el índice real de la India y México) y pensemos en lo que ocurriría si en un período de 25 años en uno de esos países se redujera dicha tasa a 20 por 1.000 habitantes, tasa que todavía es muy superior a la que predomina en la mayoría de los países desarrollados. El país que lograra reducir su crecimiento demográfico aumentaría su nivel de vida en un 40 por ciento en relación con el otro país en el curso de una generación.

En términos de la diferencia que separa a los países ricos de los pobres estos estudios revelan que, más que cualquier otro factor, la explosión demográfica es la que, al frenar el progreso de los pobres, aumenta la distancia que existe entre los ricos y los pobres y profundiza aún más el peligroso abismo que ya media entre ellos.

Por otra parte, esos estudios económicos demuestran que esta rémora que representa el excesivo crecimiento demográfico no tiene relación alguna con la densidad de la población. Eso es algo que hay que subrayar en vista del hecho de que muchos dirigentes de los países en desarrollo sólo conceden importancia secundaria a la tarea de reducir el crecimiento demográfico. No es cierta la aserción de que algunos países necesitan mayor número de habitantes para explotar sus tierras o acelerar su proceso económico. No hay tierras

baldías que cuenten con carreteras, escuelas, viviendas, y con los medios necesarios para facilitar el empleo agrícola o industrial. Por consiguiente, las gentes que han de explotar esas tierras, antes de que puedan subsistir incluso al bajo nivel de vida actual, han de consumir una porción de los escasos recursos de capital, carga que anula los esfuerzos de un país para elevar su nivel de vida mediante el incremento de la población.

No cabe duda, pues, de que la mayoría de los países en desarrollo afrontan hoy en día muy graves problemas a causa del crecimiento demográfico. ¿Cuáles son las posibilidades de resolverlos por medios naturales? La respuesta radica en comprender la naturaleza de la explosión demográfica. No obedece a un incremento en la tasa de natalidad sino a un descenso pronunciado en la tasa de mortalidad, debido principalmente a los progresos alcanzados en el campo de la medicina. Es el control de la mortalidad lo que ha creado la actual situación de emergencia, y no creo que nadie desee reintroducir la pestilencia—o cualquiera otro de los cuatro jinetes del Apocalipsis—como solución “natural” al problema de la población.

Por tanto, nos enfrentamos ante la cuestión de determinar que medidas podemos adoptar en el Banco, como organismo de desarrollo, para aliviar esta carga que pesa sobre muchos de nuestros miembros. Propongo que enfoquemos nuestras actividades de acuerdo con las siguientes orientaciones:

En primer lugar, procurar que los países en desarrollo se cercioren del grado en que su rápido crecimiento demográfico disminuye el ritmo de su expansión potencial y que, en consecuencia, el empleo óptimo de los escasos recursos para el desarrollo que existen en el mundo exige que se preste atención a dicho problema.

En segundo lugar, determinar oportunidades para financiar los medios que precisen nuestros países miembros para llevar a cabo programas de planificación de la familia.

Por último, unirnos a otras instituciones interesadas en programas de investigación con el fin de establecer los

métodos más efectivos de planificación familiar y de administración nacional de programas de control de la población.

Con estas tres propuestas de acción inmediata, confío en que podamos contribuir al éxito de los organismos de las Naciones Unidas que ya están trabajando en este campo, así como al bienestar de los países en desarrollo.

Señores, creo que me he extendido demasiado en mi exposición. Permítanme que concluya diciendo que espero que en los próximos días, al examinar los innumerables y agobiantes problemas que afrontan ustedes, los que controlan una proporción tan grande del poder financiero y económico del mundo, nadie se dejará llevar por el desaliento al ver la inmensa labor que resta por hacer y el poco tiempo que nos queda para realizarla.

No hay motivo alguno para sentirnos abatidos, sino más bien para tener confianza en el futuro. En las últimas generaciones el mundo ha creado una máquina productiva que puede eliminar la pobreza de la faz de la tierra. Al alzar nuestra mirada de nuestras tribulaciones, nadie puede dejar de apreciar las inmensas perspectivas que ofrece el futuro para toda la humanidad, si tenemos la inteligencia y la voluntad para aprovechar al máximo nuestra capacidad.

No me siento desanimado ante las dificultades que pueda depararnos el porvenir, porque tengo fe en nuestra aptitud para superarlas. Esta es la razón por la que he propuesto un programa para intensificar en gran medida las actividades del Grupo del Banco Mundial, de tal manera que al asumir la vanguardia en la labor de asistencia para el desarrollo, podamos estimular a todos los países, tanto ricos como pobres, que han comenzado a arredrarse y a reducir el ritmo de su actividad.

Si en el Banco somos capaces de redoblar nuestros esfuerzos, puede ser una señal para que otros se unan una vez más en la lucha, dispuestos a utilizar nuestras grandes posibilidades para contribuir al mejoramiento de toda la humanidad y para satisfacer las aspiraciones del espíritu humano.

WORLD BANK

1818 H Street, N.W., Washington, D.C. 20433, U.S.A.

Telephone number: (202) 477-1234

Cable address: INTBAFRAD WASHINGTON D.C.

European Office:

66, Avenue d'Iéna, 75116 Paris, France

Telephone number: 723-54-21

Cable address: INTBAFRAD PARIS

Tokyo Office:

Kokusai Building

1-1 Marunouchi 3-chome

Chiyoda-ku, Tokyo 100, Japan

Telephone number: (03) 214-5001

Cable address: INTBAFRAD TOKYO